

**LIBERTAD HUMANA:
UNA POSIBILIDAD ABSURDA DE LA DESESPERACIÓN**



EDGAR JAVIER RUIZ MORA SDB

BOGOTÁ, JULIO 24 DE 2009

**LIBERTAD HUMANA:
UNA POSIBILIDAD ABSURDA DE LA DESESPERACIÓN**



EDGAR JAVIER RUIZ MORA SDB

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
BOGOTÁ, D.C.
JULIO 24 DE 2009**

**LIBERTAD HUMANA:
UNA POSIBILIDAD ABSURDA DE LA DESESPERACIÓN**

EDGAR JAVIER RUIZ MORA SDB

DIRECTORA:

LINDA ALEJANDRA ZULUAGA R.

**TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TITULO
DE PROFESIONAL EN FILOSOFÍA**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
BOGOTÁ, D.C.
JULIO 24 DE 2009**

**LIBERTAD HUMANA:
UNA POSIBILIDAD ABSURDA DE LA DESESPERACIÓN**



Pecado Original, Albert Dürer

DEDICATORIA

*“A mi mamá Cecilia Mora,
por su ejemplo de vida y acompañamiento incondicional en mi
vocación”.*

AGRADECIMIENTO

*A Dios en primer lugar por el don de la Fe,
a la Comunidad Salesiana que me abrió sus puertas para mi realización
personal, a mi tutora por su acompañamiento y cercanía y a todos aquellos
que forman parte de mi realización existencial. ¡Gracias!*

Bogotá, Julio 24 de 2009

Doctor
JHON LARRY ROJAS
Director del Departamento de Filosofía
Facultad de Filosofía
Fundación Universitaria Minuto de Dios
Ciudad

Estimado Doctor Rojas, reciba cordial saludo

Presento a consideración de la Facultad el trabajo realizado por el estudiante EDGAR JAVIER RUIZ MORA, titulado “LIBERTAD HUMANA: UNA POSIBILIDAD ABSURDA DE LA DESESPERACIÓN”, como requisito para optar por el título de PROFESIONAL EN FILOSOFÍA.

Después de revisar el texto final, considero que el trabajo del estudiante Ruiz Mora, cumple a cabalidad con lo exigido por la facultad para este tipo de trabajos académicos; por ello, solicito se dé comienzo con los trámites de su evaluación y posterior defensa.

Atentamente,

LINDA ALEJANDRA ZULUAGA RODRÍGUEZ
CC. 52451101 BOGOTÁ.

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	10
CAPÍTULO I	
SÍNTESIS Y ELECCIÓN: UNA POSIBILIDAD DE REALIZACIÓN.....	13
1.1 Cuerpo y alma: afirmación posible del espíritu.....	14
1.2 Tiempo y eternidad: tensión propia del existente.....	17
1.3 Posibilidad y necesidad: camino necesario que construye el Yo.....	18
1.4 El instante: momento preciso de libertad.....	20
1.5 La Repetición, esencia existencial del eterno retorno.....	25
EXCURSO	
EXISTENCIA Y EXISTENTE: ESENCIA ÚNICA DE LA LIBERTAD	30
A. El arte de la seducción, senda fugaz del esteta.....	31
B. El deber cumplido como satisfacción ética del hombre.....	33
C. El caballero de la Fe: el más alto de los existentes.....	35
CAPÍTULO II	
ANGUSTIA Y DESESPERACIÓN, CAMINO POSIBLE DE SALVACIÓN.....	38
2.1 Pecado: manifestación auténtica de libertad.....	39
2.2 Posibilidad entre posibilidades, vértigo de la auténtica libertad humana.	43
2.2.1 Estado de inocencia.....	45
2.2.2 Despertar de la conciencia.....	46
2.2.3 Estado posterior al pecado.....	47
2.3 Ser o no ser. Juego absurdo de la desesperación.....	48
2.3.1 La enfermedad mortal es la desesperación.....	49
2.3.2 La desesperación es el pecado.....	51
2.3.3 La enfermedad mortal es el pecado.....	53
CONCLUSIÓN.....	58
BIBLIOGRAFÍA.....	62

“¡Señor, dadnos unos ojos de corto alcance respecto de las cosas que no valen nada, y unos ojos plenos de claridad para toda verdad tuya!”

Juan Miguel Sailer

INTRODUCCIÓN

Desde que comencé mis estudios de filosofía siempre me he cuestionado sobre el sentido de la misma, sobre su significado para cada hombre y para la humanidad. Parece ser que así como son múltiples los interrogantes que rodean constantemente a cada hombre, son también numerosas las posibles salidas que encontramos en el camino. Sin embargo, algo de lo cual estoy convencido es que la filosofía es y se hace desde la existencia misma de cada uno, es decir, desde la experiencia más corriente de nuestro cotidiano vivir; como podría no serlo, desde abrir los ojos cada mañana, hasta la más profunda reflexión catedrática de lo que significa la vida.

Pretender abordar un filósofo como Kierkegaard es adentrarse en una experiencia profunda de vida que se hace filosofía, pues éste no se interesa por ser reconocido como un docto en el campo de la sabiduría o por escribir tratados que deslumbren a muchos, por su elocuencia o quizás por su rigorismo conceptual; todo lo contrario, hace de la filosofía un estilo de vida y de su vida una filosofía. Por esta razón me parece conveniente disertar en el presente trabajo sobre un elemento que interpela la existencia de todo hombre, o por lo menos de los que tienen conciencia, de lo que significa ser libres o siquiera anhelar ejercer lo que ya poseemos -libre albedrío-.

Hablar de libertad es pensar en aquello que está latente en cada hombre, y que sólo él mismo debe ser capaz de afrontar de manera seria y decidida. Es adentrarse en el deseo más íntimo de todo hombre sobre la tierra, quizás no visto como un ejercicio consciente, pero sí como aquello que se encuentra esperando la realización de cada individuo, puesto que la constitución como persona, no es otra cosa que la libertad misma llevada a la cima del ejercicio consciente de la propia libertad.

La realización de la libertad es una tarea de cada individuo a la hora de asumir su existencia, en tanto que nadie puede pensar ni actuar por mí, pues nadie puede ser libre por mí. La libertad, es entonces, un ejercicio interior, y por ende subjetivo, que depende sólo del Yo personal, en el sentido de que sólo Yo vivo la angustia de cada instante y sólo Yo puedo elegir; es decir, dar o no el salto al vacío, al absurdo, con la esperanza de que la posibilidad que he escogido es la que me salva acercándome más al Absoluto, quien me ha otorgado esa misma posibilidad.

El presente trabajo busca realizar una disertación filosófica acerca de la libertad, por lo que, se divide en dos capítulos y un excursus complementario a los mismos. En primer lugar, es imposible hablar de la libertad si primero no tenemos conciencia de lo que somos, es decir, si primero no sabemos quiénes somos, de dónde venimos, para dónde vamos. En pocas palabras, es impensable la autoafirmación del Yo -que no está ya hecho sino que es una tarea de construcción paulatina-; es decir, no se puede pretender edificar la casa si antes no se han puesto los cimientos. Sólo se puede decir que es un verdadero *hombre* aquel que se conoce a sí mismo, y en este sentido constata que su ser no es uno sino que se va construyendo como un compuesto en continua tensión de: alma-cuerpo, necesidad-posibilidad, tiempo-eternidad, cosa que gracias a su propia elección, permite al hombre hacer síntesis y afirmar su existencia.

El hombre debe despertar su espíritu del ensueño y elegir si ser o no él mismo, si ser un individuo delante de Dios o apartarse de su voluntad. Una vez que el hombre ha realizado la síntesis entre cuerpo y alma, el espíritu, se ve enfrentado nuevamente a una síntesis que es consecuencia de la primera. A saber, la temporalidad y la eternidad juegan un papel importante cuando el hombre en el *instante* mismo de la elección, opta por lo eterno y hace que el ejercicio de su libertad sea una posibilidad necesaria, sin la cual no se podría hablar de autoconstitución.

INTRODUCCIÓN

En segundo lugar, para Kierkegaard es claro que el hombre se halla navegando en el infinito mar de la existencia, el cual debe ser atravesado en el barco de la angustia. La angustia es la que hace posible realmente que el hombre se encuentre consigo mismo, se interpele y sea capaz de autoafirmarse como persona, y así acceder a la libertad verdadera, pues realmente somos individuos auténticos cuando logramos liberar nuestro propio yo; en otras palabras, somos individuos auténticos cuando estamos en la capacidad de elegir la posibilidad entre las posibilidades, cuando somos capaces de saltar al vacío a pesar del vértigo que éste produce ante la incertidumbre de lo que nos espera.

Es gracias a la desesperación que el hombre experimenta en su existencia que se ve obligado a escoger una posibilidad entre todas las posibilidades que tiene. Cuando se decide por sí mismo descubre el pecado que lo aleja de Dios, y a la vez le da la certeza de ser libre, y así como optó por ser un individuo sin Dios tiene la posibilidad de reconciliarse con el Absoluto, no sin antes hacer un acto de fe y lanzarse al vacío confiando, en la misericordia del Padre.

El hombre tiene una tarea grande, y es la de asumir como un verdadero existente su existencia, por eso en algún momento de su vida puede escoger ser un hombre esteta, que se deja llevar solamente por lo terrenal y efímero. En otro momento, puede dejarse seducir por el amor y llegar a ser un existente cumplidor del deber, aunque no haya descubierto el sentido de su libertad por estar atado a las cosas finitas y perecederas. No importa cuántas veces se equivoque y caiga, porque Dios siempre estará esperando que el hombre tome el camino que lo conduzca a Él. Sin embargo, el camino que parece, más le conviene al individuo en el ejercicio de su libertad, es el de ser un caballero de la fe. Es este el auténtico camino que lo conduce a Dios y le permite reconocerse delante de Él como un sujeto que se ha elegido a sí mismo y quiere fundamentar su existencia en Dios. No importa si el hombre quiere o no asumir su existencia, lo cierto es que, el no decidirse, es ya una elección que la misma existencia le cobrará si no ha sabido tomar la ruta que lo conducía al anhelo más íntimo de su corazón, la Libertad.

SÍNTESIS Y ELECCIÓN: UNA POSIBILIDAD DE REALIZACIÓN

“Solo podemos considerarnos individuos auténticos al haber logrado liberar completamente nuestro propio yo, de manera que la libertad pueda ser plena”¹

En el recorrido por la filosofía kierkegaardiana, la sensación que resulta más atrayente para el individuo es la de su constante referencia a la libertad, punto en el que este ejercicio filosófico quiere centrarse, y es por ello, que damos inicio a este recorrido con dos de los términos que más se ajustan a la problemática, y que serán decisivos en el momento de construir el concepto de libertad, a saber, la síntesis y la elección. La reflexión acerca de la síntesis se establece en el reconocimiento del qué es el individuo, qué lo constituye como tal, y por supuesto que es el momento de resolución de las tensiones estructurales e internas de los individuos y cómo encuentran un espacio en el que se resuelven, a saber el ejercicio de síntesis. Y el problema de la elección, o el ejercicio mismo de la libertad, está unido de manera fundamental a la problemática de la síntesis, si examinamos que el momento de elegir es precisamente el de resolver la síntesis entre lo posible y lo necesario. Este primer espacio es entonces el llamado a reconocer cómo en la reflexión de Kierkegaard se ve que el hombre se constituye realmente como individuo en el momento de la angustia, y más precisamente en el instante mismo de la elección que lo lleva a afrontar decididamente su existencia y lo hace libre. Esto no sería posible sin la síntesis de la cual el hombre es protagonista y lo constituye como un auténtico individuo:

¹ Zuluaga, Linda. Del Descubrimiento a la Entrega. Espacios de Construcción de la Existencia Auténtica. Trabajo de grado. Pontificia universidad Javeriana. Bogotá. 2000. Pág. 43

1.1 Cuerpo y alma: afirmación real del espíritu

Debemos partir de la realidad de que el hombre no es un ente ya hecho, definido o determinado sino que es una unidad en continuo proceso de construcción de sí mismo y de su libertad. A lo mejor se agota nuestra existencia y aún no nos hemos conocido plenamente a nosotros mismos, lo que implicaría no autoafirmar nuestro yo, y se correría el riesgo, entonces, de lo que es peor; no asumir conscientemente la existencia.

El hombre tiene un camino, y es el de llegar a constituirse como individuo, pero no antes, sin hacer un proceso de síntesis entre los diferentes elementos que integran su personalidad: cuerpo-alma, temporalidad-eternidad, posibilidad-necesidad-, y que le permiten descubrir que sólo a través de esta elección puede llegar a la plenitud de su libertad y alcanzar el amor más grande, ese amor tan deseado y al cual sólo accede el verdadero caballero, capaz de renunciar a todo, incluso a sí mismo, por estar con aquel que lo ama profundamente y le da la posibilidad de elegir.

Para Kierkegaard el hombre es una síntesis de diversos elementos que confluyen en uno solo y es el que le da forma al Individuo. La síntesis se presenta como el momento de tensión entre dos polos totalmente opuestos y que son conciliables únicamente por un tercero. Dicho momento es únicamente pensable en el hombre, pues es él quien posee la facultad de angustiarse, lo que indica que los animales y demás criaturas carentes de dicha facultad no son objeto de la angustia, que cuanto más intensamente se vive hace más grande el valor del hombre.

En el caso de la primera síntesis planteada por el filósofo danés, cabe resaltar que el hombre es producto de una tensión de alma y cuerpo, la cual es armonizada por el espíritu. Hablar de la síntesis entre cuerpo y alma es pensar en una continua tensión entre lo que es y lo que tiene la posibilidad de ser, es decir, el yo. Como un primer elemento de dicha constitución podemos rescatar el cuerpo, como aquel componente limitado y finito, que por

su propia naturaleza arrastra al hombre a permanecer anclado en el estadio de lo puramente estético, hasta tal punto que relativiza el amor por un simple goce placentero, que lo único que vislumbra es un hombre encadenado por su *ego* y su íntimo deseo de satisfacer sus apetencias puramente carnales. Sin embargo, el cuerpo tiene una posibilidad de alcanzar su trascendencia gracias al carácter infinito y racional que posee el alma, como componente necesario para alcanzar la síntesis en el espíritu.

El espíritu es el que hace posible la síntesis entre cuerpo-alma en el hombre, al colocar el uno frente al otro en un continuo diálogo conciliador de estas dos naturalezas, las cuales se desenvuelven en el individuo como soporte de la existencia ideal, que se alcanza a través del espíritu, que permanece dormido ante la imposibilidad del hombre para conciliar los dos polos determinantes de la primera síntesis (cuerpo-alma).

...El espíritu hállese, pues, en acecho, pero como espíritu inmediato que está soñando. En tanto se halla en acecho, es en cierto sentido un poder hostil, pues perturba continuamente la relación entre el alma y el cuerpo, que tiene *existencia ideal*; pero a la vez no tiene esta existencia ideal, supuesto que debe adquirir la existencia ideal por medio del espíritu.²

Es necesario despertar del ensueño y darse cuenta de que el espíritu está al acecho y reclama liberar al hombre de su estado vegetativo, para que, envuelto en una continua desesperación, se cuestione ante la diversidad de posibilidades que abarca la decisión de autoafirmarse, como un primer paso, hacia la verdadera libertad, o de continuar “indiferente” ante su agobiante existencia.

El único camino que realmente le conviene al hombre para la afirmación de su ser es la de fundamentarse en un tercero, o sea en Dios, en el sentido de que optar por constituirse a sí mismo, lo llevaría a un callejón sin salida que le hace perder el horizonte, negando su propia naturaleza y olvidándose de que la libertad depende de su amor al Absoluto, como un niño de su madre, para autoafirmar su existencia.

² Kierkegaard, Sören. El concepto de la angustia. Una sencilla investigación psicológica orientada hacia el problema dogmático del pecado original. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1982. 2ª edición. Pág. 61

Parece entonces que para el danés sólo el que se abandona en Dios logra la plenitud del yo y alcanza la libertad verdadera; proceso que es posible mediante el amor, capaz de la más grande abnegación de lo que se es (Yo), para trascender a aquel en quien se encuentra la plenitud de la libertad.

Para llegar a ser capaces de esa total entrega es necesario haber asumido de manera seria la existencia, haberse reconocido como individuo, como dueño de una libertad, la que debe jugarse en una única decisión, que será la que demuestre que clase de existente se es³.

En pocas palabras, la trascendencia del individuo es posible, no sin antes recorrer el camino de los tres estadios (estético, ético y religioso), siendo en el último de éstos donde se descubre el grado más alto del amor, el abandono total de sí mismo, y por ende, la plenitud de su propio yo, en el Absoluto, en quien este encuentra la afirmación como un hombre realmente libre.

La verdadera asunción de la libertad es realizable por medio de la angustia que se genera en el espíritu, o mejor aún, por la irrupción de éste en cada individuo, provocando que esa dicotomía entre la finitud (cuerpo) e infinitud (alma), pasión y razón, sean patentes en la síntesis que cada sujeto es capaz de realizar, siendo esta posibilidad el camino que conduce al amor.

...la solución de este problema es el triunfo del amor en un ser humano, en el cual ha triunfado el espíritu de tal suerte que se ha olvidado de lo sexual y sólo como olvidado viene a la memoria. Cuando esto ha sucedido se ha sublimado la sensibilidad en espíritu y disipado la angustia⁴.

Según esto, la autoafirmación del individuo se hace posible cuando de manera *a priori* se ha reconocido que la libertad tiene una cuota inicial que es el amor, pues sin éste no es pensable la construcción del camino que conduce a la realización. Sólo por amor se es capaz de cerrar los ojos, sentir el vértigo más espantoso y lanzarse al abismo con la

³ Zuluaga, Linda. Del Descubrimiento a la Entrega. Pág. 76

⁴ Kierkegaard, Sören. El concepto de la angustia. Pág. 101

confianza de haber optado aún en medio de la posibilidad, que a su vez, abre nuevamente otra posibilidad.

1.2 Tiempo y eternidad: tensión propia del existente

Podríamos partir de la afirmación de que la síntesis tiempo-eternidad, es la expresión de la síntesis cuerpo-alma. Es en el *instante* donde tiene la realización plena el espíritu de lo temporal con lo eterno. Es justamente en el instante donde se conjugan lo temporal y lo eterno, pues no sería pensable el tiempo sin la eternidad, ya que esta última, es la que le da un sentido al tiempo. No se podría pensar de igual manera en una eternidad aislada y abstracta, pues carecería de sentido el tiempo, convirtiéndose así, en una sucesión de momentos sin finalidad alguna.

El instante como síntesis del tiempo y la eternidad, es el momento preciso de la autoafirmación, en tanto que el individuo, a pesar de encontrarse al borde del abismo de su existencia, resuelve lanzarse al vacío con una fe profunda, y de esta manera asumir su existencia. Es en el *instante* mismo en el que el hombre es libre, no antes pero tampoco después. Por ello para Kierkegaard nadie tiene por qué entender, ni mucho menos juzgar mi decisión, pues no se es libre sino en el momento mismo de la elección; Lo que sigue al acto de libertad son las consecuencias de la misma y no otra cosa, es decir, que "...la libertad realmente es libertad cuando, en el mismo momento, en el mismo segundo, es libertad de elección, y esta elección es incondicional, es incuestionable"⁵.

Para el danés la síntesis de lo temporal con lo eterno no es otra cosa que la consecuencia de la síntesis de alma y cuerpo, el espíritu, pues sólo existe el instante en el momento en que es colocado el espíritu. El instante hace posible el contacto del tiempo con la eternidad, pues el primero no existe sin lo segundo. El tiempo no existe, lo que hacemos es representarnos la idea de éste; es decir, que el tiempo no posee un punto de apoyo sobre el cual detenernos y decir "este momento" porque ese mismo instante en que lo decíamos ya pasó, lo que nos

⁵ Zuluaga, Linda. Del Descubrimiento a la Entrega. Pág. 40

indica que ni el pasado, ni el presente, ni el futuro existen sino tan sólo la repetición de instantes.

El «instante» es el momento en el cual «el tiempo entra en relación con la eternidad», pues «lo eterno es lo presente», y en el «instante», al ponerse en contacto tiempo y eternidad, surge el concepto de la temporalidad, «en la que el tiempo desgarrá continuamente la eternidad y la eternidad transpasa continuamente el tiempo»⁶

El instante es el momento preciso en que la eternidad entra en el tiempo, dando a éste el verdadero sentido en el cual la angustia que el hombre vive es afirmada, pues el tiempo por sí solo no es síntesis, por lo que requiere de la eternidad que le brinde sentido. Por esta razón el instante es determinante para la libertad del hombre, porque sólo en la cúspide de la angustia, cuando se salta al absurdo, (en el sentido de que la fe posee el carácter de que no se sabe a ciencia cierta a qué se está enfrentando) es que se es libre. Asumir la existencia no es otra cosa que asumir el salto y la angustia que éste produce, por lo que, para Kierkegaard, la libertad no está ubicada en el ámbito mismo de la razón, sino que es una decisión irracional impulsada por el corazón que convierte mi existencia en un talante espiritual, pues sólo en Dios encuentro la autoafirmación y la realización de la libertad.

1.3 Posibilidad y necesidad: camino necesario que construye el Yo

Es importante tener en cuenta que para Kierkegaard hay dos elementos importantes que intervienen en la autoafirmación del Yo, a saber, la posibilidad y la necesidad, que hacen posible el momento síntesis en el hombre de la elección; por ende, el hombre se mueve en esta realidad de posibilidad y necesidad, y para que el Yo se autoafirme se requiere una dialéctica entre estos dos elementos, que sopesen, por igual los dos lados de la balanza.

El Yo es de la misma manera posible y necesario, en tanto que es una verdadera necesidad, por lo que es en sí mismo, y de igual manera es una posibilidad, en la medida en que es un proceso de construcción, es decir, de llegar a ser. Es inevitable evadir la existencia y en este

⁶ Kierkegaard, Sören. El concepto de la angustia. Pág. 12

sentido es una obligación, para el hombre, el elegir en medio de la desesperación que lo asecha en cada instante de su existencia.

Pero ¿cómo elegir? o ¿qué elegir? ¿posibilidad o necesidad?, cuando la misma necesidad no es más que una posibilidad. Parece un juego absurdo de palabras, pero esto es lo que implica justamente el elegir, lanzarse al absurdo. Corremos el riesgo de ponderar la posibilidad ante la necesidad y de encontrarnos en un laberinto, muy seguramente sin salida, pero el yo tiene la capacidad de hacer desaparecer la misma necesidad al optar por la posibilidad; sin embargo, puede escoger la necesidad y anteponerla a la posibilidad, haciendo que esta última desaparezca ante su poca concreción de lo que ya es el yo.

Parece ser que cualquier camino que se tome desecha el otro sin brindar una solución concreta al dilema existencial del hombre, lo que hace necesario que el yo se apoye en un tercero para realizar su síntesis, es decir, en Dios.

Únicamente quien se apoya en Dios es capaz de autoafirmarse, pues ya no se trata de dar cabida a lo que el hombre considera posible y/o necesario, sino de aquello que un tercero le indica. Lo que hace que verdaderamente se ponga en juego la posibilidad de libertad, lo que produce en el hombre una verdadera situación de desesperación; pues no sólo tiene que tomar posición frente a determinada circunstancia de su vida sino que se trata del ejercicio más íntimo y a la vez externo de su libertad.

Como existente me aferro a una posibilidad en la cual hago que concluyan todas las demás; en el mar de la posibilidad, debo tomar una, no a la manera de quien se refugia en una sola posibilidad, sino a la manera de quien se juega todo por una única idea, por una única forma de enfrentarse a la existencia⁷.

Es inevitable la elección, tanto que el no optar, es una posibilidad ya escogida, a la cual se le debe hacer frente asumiendo hasta la más pequeña consecuencia que traiga consigo. Ya que se es libre en el instante mismo de la elección, lo que venga después es producto de mi

⁷ Zuluaga, Linda. Del Descubrimiento a la Entrega. Pág. 32

decisión, no sin antes pasar por la desesperación, que se hace más fuerte cuanto más el hombre busca afirmar su yo, pues se trata de nadar en un mar de posibilidades y necesidades que sólo elijo yo en la presencia del que me da la oportunidad de elegir porque me ama y espera me reencuentre con Él como fruto de mi decisión.

1.4 El instante: momento preciso de libertad

“El instante es la maravillosa esencia que reside justamente en el medio entre el movimiento y el reposo, sin estar en ninguna parte del tiempo”⁸.

Para hablar de libertad dentro del pensamiento kierkegaardiano, es menester abordar al autor de ésta, es decir, al hombre mismo que es capaz de hacer síntesis entre los diferentes elementos que constituyen su ser: cuerpo-alma, posibilidad-necesidad, temporalidad-eternidad. El hombre pensado como un ser dialéctico, en tanto que hay varios elementos que debe sintetizar, tiene la posibilidad de acceder al *instante* de la libertad porque ha sido capaz de realizar el tránsito de un estadio al otro, superando las limitantes (en cuanto realización plena de la libertad), del estadio inmediatamente anterior.

No se podría pensar en hablar de la realización de la libertad si antes no se considera la necesidad que tiene el individuo de sintetizar los elementos que lo conforman. Pensar en la realización de la libertad sin antes fijar la mirada en la autoafirmación del individuo, es como pretender ser adulto sin vivir antes una infancia. Por eso es conveniente entender que a cada cosa en la vida le llega su momento, no antes, no después. La realización de la libertad sólo se da en el *instante* mismo de la elección, por lo cual lo que antecede a la libertad no es más que una posibilidad y lo que se da después de la misma son sus consecuencias.

⁸ Guerrero Martínez, Luis. Kierkegaard: Los límites de la razón en la existencia humana. Sociedad Iberoamericana de Estudios Kierkegaardianos, Universidad Panamericana, Ciudad de México. 1993. Pág. 115

Según nuestro autor, la primera forma dialéctica que se presenta en el individuo es la del cuerpo y el alma, los cuales tienen su síntesis en el espíritu, que a su vez, actúa en la segunda forma dialéctica, denominada espacio y tiempo, y que tiene su momento de síntesis en el *instante*. Es en el *instante* donde el espíritu realiza la síntesis entre lo temporal y lo eterno, sin olvidar que ésta es únicamente una posibilidad o una necesidad que el mismo individuo elige (siendo ésta la tercera forma dialéctica que se presenta en el hombre) ante el abismo que se le presenta como una posibilidad entre posibilidades, que lo acerca, o mejor, que lo hace contemplar su finitud y su posible relación que trasciende a lo infinito.

Kierkegaard descubre durante su vida que la plena realización del hombre no se encuentra en los estadios estético y ético, en tanto que el ejercicio de la libertad se ve supeditado al placer y la necesidad, respectivamente. Para ser libres se requiere hacer un ejercicio de sacrificio, hasta el punto de abandonarse a sí mismo, para entregarse al infinito amor de Dios, que es el que nos hace trascender y ser plenamente libres.

El *instante* es el que hace posible la autoafirmación del individuo, pues es en éste donde el espíritu despierta del transe al que se ha visto sometido por la espera de que se diera esta posibilidad de realización. El *instante*, que es el momento síntesis de lo temporal y lo eterno, no se da sin que antes se haya colocado el espíritu; por ello, no se puede concebir como un momento independiente del primero, sino que la síntesis de lo temporal y lo eterno es una consecuencia de la síntesis entre el alma y el cuerpo.

Antes de hablar de la importancia del *instante* en la realización de la libertad conviene revisar la concepción que nos presenta Kierkegaard sobre lo que son el tiempo y la eternidad, como momentos dialécticos que dan paso al *instante* de la realización del espíritu como posibilidad de la libertad.

Generalmente cuando se nos pregunta por el concepto de tiempo tendemos a explicarlo como una sucesión infinita desde unas *categorías*, como son: el pasado, el presente y el futuro. Sin embargo no es tan acertado, desde el pensamiento kierkegaardiano,

pensar en dichas categorías, en tanto que no se puede establecer un punto de apoyo en el que se diga éste es el presente, que a su vez, establecería la relación con un pasado y un futuro.

Cuando se defina exactamente el tiempo como la sucesión infinita, resulta aparentemente fácil definirlo también como la pasada, presente y futura. Sin embargo, es esta distinción, inexacta, tan pronto como se piensa que radica en el tiempo mismo, pues sólo aparece en la escena cuando el tiempo entra en relación con la eternidad y ésta se refleja en él.⁹

Podemos decir que el tiempo es una sucesión infinita que pensado, en categorías temporales, es una sucesión que pasa, lo que hace que no exista un presente, ya que al hacer tal división implicaría extender un momento y ya no habría una sucesión infinita, y se caería en el juego de representarnos el tiempo en lugar de pensarlo.

Según parece no podemos *congelar* el tiempo para decir éste es el presente, pues por su misma esencia de pasar, el tiempo, no permite determinar fracciones del mismo o prolongaciones de *instantes*, pues esto se sale del querer humano. El hombre no es más que un ser finito que tiene su tarea propia de autoafirmación, y por más que quisiera no podría derogar y otorgar “funciones” propias del ser infinito.

Pensar el tiempo como una sucesión que pasa, es pensar en una categoría de pasado, pues la cualidad propia del tiempo es precisamente pasar y si es que se quiere pensar en un presente, no podría ser otro que el *instante* que diferencia lo pasado y lo futuro. Esto parecería indicar que el tiempo no es algo que pertenezca a la subjetividad de cada individuo sino al mundo como tal.

El filósofo danés concibe el tiempo como un *tiempo existencial*, lo que indica, que lo determinante del tiempo es la realización misma del individuo y no otra cosa, y en este sentido, el tiempo no posee un antes y un después sino que es el *instante* mismo en que se

⁹ Guerrero Martínez, Luis. Kierkegaard: Los límites de la razón en la existencia humana. Pág. 111

contacta lo temporal con lo eterno. Parece ser que en el *tiempo existencial* el hombre se sacude y angustia al verse al borde del abismo sin saber qué hacer. Sin embargo es en el mismo tiempo en que debe elegir si lanzarse o no al abismo, aunque esto le genere temor y temblor, o, de continuar su existencia, se lamenta por lo que tuvo la posibilidad de ser y que no fue.

En pocas palabras hablar de la posibilidad del *tiempo existencial* es hablar de la realización de la libertad en el sentido de que la libertad es espíritu, es decir que éste es el que hace posible la búsqueda de lo eterno mediante la elección concreta. Es el espíritu el que hace la síntesis de lo temporal y lo eterno en el *instante* mismo de la elección.

De otro lado cabe decir que lo eterno es pensable como lo presente, en tanto que ya no existe la sucesión del tiempo que pasa sino que únicamente lo eterno es una sucesión suprimida que no tiene un pasado, pero tampoco un futuro. Lo eterno es lo presente infinitamente vacío, pues al momento que cae una aguja al suelo ya no es, porque ya pasó.

El *instante* es el que hace posible la unión de lo eterno con lo temporal, pues se encuentra entre el movimiento y el reposo sin estar en ninguna parte del tiempo, por lo que “el instante... no es en realidad un átomo del tiempo, sino un átomo de la eternidad. Es el primer reflejo de la eternidad en el tiempo, pudiéramos decir que es como el primer intento de la eternidad para frenar el tiempo”.¹⁰

En este sentido parece ser que el *instante* es comienzo y a la vez final de la realidad existencial de cada individuo. Por lo que la temporalidad existencial se encuentra relacionada con el futuro, pues éste es el que permite hablar de un pasado, pues vista la temporalidad desde una concepción existencial, es el futuro una posibilidad de que se repita el pasado.

¹⁰ Maceiras, Manuel. Schopenhauer y Kierkegaard: Sentimiento y Pasión. Editorial Cíncel. Madrid 1992. Pág. 142-143

Se puede decir que el futuro y la posibilidad tienen una igualdad de correspondencia en el sentido de que el futuro no sólo es la representación de lo eterno sino también de lo pasado, en tanto que cabe la posibilidad de que lo pasado se repita. Así como el pasado es una posibilidad, el futuro lo es para la libertad.

La posibilidad vista desde la realidad existencial del individuo, por su carácter de posibilidad, hace que la conciencia del Yo viva en continua angustia, pues al ser todo posible se indica que nada es real. La determinación de lo real es el límite de la posibilidad. Según esto es necesario que la autoconciencia despierte al hombre de su estado de ensueño y le permita hacer síntesis entre los diferentes elementos que lo conforman.

El individuo parece no tener otra alternativa, para realizarse como ser libre, que elegir en el *instante* mismo de la angustia, haciendo un ejercicio de confianza y saltando al mar de infinitudes que provoca desesperación, pero a la vez seguridad. El salto no es más que un acto de fe, y es así como el espíritu puede realizarse, una vez que ha sido capaz de superar las formas dialécticas que conforman su ser.

Sin duda que, es la elección del *instante*, lo que hace caer al individuo en la encrucijada de la angustia, y volverse presa del temor que ésta genera, pues sabe que en cualquier elección que haga está comprometiendo su eternidad, su existencia misma, y cómo no, la realización de su propia libertad. Pero lo que verdaderamente genera angustia no es el pasado, lo que ya ocurrió, sino la posibilidad existente de que se repita en el futuro, por lo que se puede afirmar que “lo posible corresponde en todo a lo futuro. Lo posible es lo futuro para la libertad, y lo futuro lo posible para el tiempo. A ambos responde en la vida individual la angustia”¹¹.

¹¹ Kierkegaard, Sören. El concepto de la angustia. Pág. 114

El espíritu es el que hace patente la libertad en el hombre, pero esto no es más que una posibilidad, pues salir del estadio estético y pasar al ético es un ejercicio de madurez, que requiere asumir con seriedad la existencia, pero dar el salto de lo estético a lo religioso, sí que es una gran hazaña, la cual sólo es capaz de realizar el verdadero caballero.

Es pues necesario el espíritu para que exista la posibilidad de libertad, ya que donde hay ausencia del espíritu, hay ausencia de la angustia. Dicho en otras palabras, la angustia está a la espera de que el espíritu sea puesto en lo más alto para que se de la posibilidad de la realización del individuo mediante la realización de su libertad.

No se puede pasar por alto que el *instante* como momento síntesis de lo temporal y eterno, no es una síntesis diferente de la primera (cuerpo y alma), sino que es la continuación, si así se le quiere llamar, de la realización del espíritu al fundirse lo eterno con lo temporal, en el ya mencionado *instante*.

Parece ser entonces que el *instante* posee una connotación con el término figurado: *Augenblick*¹², pues nada existe tan rápido como una mirada. Esto nos hace pensar que el *instante* es una mirada fugaz que une lo temporal con lo eterno, y es capaz de enlazar lo instantáneo de un momento con lo eterno de la vida, pues ¿qué puede ser tan penetrante, dicente, silencioso, fugaz y a la vez eterno, como una mirada?

¿Acaso el *instante* de la elección no lo es todo pero a la vez nada? Es decir, que lo que allí (en el *instante*) se juega es el todo de la propia vida, de la propia existencia, como a su vez, no es nada, es algo que ya pasó. Es en éste donde no existe ningún tiempo cronológico sino más bien un *tiempo existencial*, pues parece ser que sólo en este *tiempo existencial* se termina la historia de cada individuo y a la vez vuelve a empezar como una posibilidad que está siempre al asecho a la hora de elegir.

¹² Término alemán que significa literalmente mirar a los ojos.

1.5 La Repetición. Esencia existencial del eterno retorno

Sin duda no podemos hablar del *instante* sin mencionar la repetición, que para Kierkegaard viene a expresar lo que la reminiscencia era para los griegos. Así como los griegos pensaban que todo conocimiento era una reminiscencia, la nueva filosofía enseña que toda la vida es una repetición. Se puede decir que estos dos conceptos son de la misma naturaleza pero se realizan en sentido contrario.

El recuerdo (es decir la reminiscencia) es algo que ya pasó, y como tal no es más que melancolía y añoranza, por lo que *Constantin Constantius* piensa que,

...el recuerdo es un vestido desechado que, por muy bello que sea o te parezca, no te puede caer bien, pues ya no corresponde a la estatura (...) el recuerdo es una vieja mujer todavía hermosa, pero con la que ya no puedes intentar nada en el instante¹³.

El amor-recuerdo es entonces un amor feliz, pero que a la vez hace desgraciado al hombre en tanto que le hace vivir anclado en las profundidades de su pasado y en el anhelo de una esperanza falsa de repetir lo vivido, pero únicamente como un vago recuerdo que se evapora como el humo que se exhala del cigarrillo, porque pensar en la repetición es sólo una posibilidad.

La repetición no puede ser reminiscencia ni esperanza, ya que esta última sólo es algo que se espera y se desea, por lo que se asemeja a un vestido nuevo, sin arrugas, pero del que no se puede saber cómo nos sentará porque nunca se ha usado.

Nuestro personaje *Constantin*, después de indagar e indagar por el sentido de la repetición, decide realizar un segundo viaje a Berlín donde espera encontrar el sentido de ésta, pero no encuentra aclaración a sus dudas y por el contrario termina negando la posibilidad de la repetición. No le es posible darse cuenta del significado de la repetición porque aún permanece anclado en el ámbito de lo estético y no es capaz de acceder al estadio religioso, donde es posible y real la repetición auténtica.

¹³ Kierkegaard, Sören. La Repetición. Ediciones Guadarrama, S. A. Madrid. 1976. Pág. 131

El hecho de que la repetición no se da realmente en el estadio estético obedece a que allí se vive únicamente del recuerdo, y como su nombre lo indica, se vive en algo ilusorio, y de la misma manera como es algo real, es algo que se esfuma en el mismo instante, sin dar lugar a la auténtica repetición.

Kierkegaard piensa que la auténtica repetición es la que hace feliz al hombre, no por vivir del recuerdo y la añoranza, sino porque se tiene la feliz seguridad del instante; es decir, que la repetición es la realidad de la existencia, y en este sentido, nuestro *Constantin* descubre que:

El amor-repetición es en verdad el único dichoso. Porque no entraña, como el del recuerdo, la inquietud de la esperanza, ni la angustiosa fascinación del descubrimiento, ni tampoco la melancolía propia del recuerdo. Lo peculiar del amor-repetición es la deliciosa seguridad del instante¹⁴.

Vale decir, que la repetición se asemeja a un vestido que nunca pasará de moda, pues se acomoda perfectamente a la talla de quien lo usa. De la misma manera, la repetición es una esposa amada de la que nunca se llegará a sentir hastío. Lo que cansa ciertamente, parece ser, es lo nuevo, mientras que lo antiguo siempre ofrece placer y felicidad.

El que sólo espera es un miedoso y el que, vive del recuerdo es un entregado a lo sensual, pero el que realmente elige la repetición, es el caballero de la fe, que ha madurado y ha realizado el salto de lo meramente placentero al ámbito de la fe. El caballero es aquel que ha comprendido y asumido con seriedad la vida. Y sólo asume con seriedad la vida el que ha dado el paso hacia lo religioso, lo cual sólo se alcanza a través del amor que siempre está empujando al hombre hacia adelante, es decir, hacia el encuentro y la entrega incondicional con el otro.

Parece ser entonces, que el grado más alto que tiene el amor es el ser capaz de abandonarse a sí mismo, renunciar a la individualidad propia para encontrarla en un tercero, que no puede ser un ser finito, lo cual implicaría limitarse al estadio de lo ético y limitado; es por esto, necesario abandonarse en Dios únicamente para encontrar la trascendencia, en

¹⁴ Kierkegaard, Sören. La Repetición. Pág. 131

la cual el Yo ha de alcanzar la plenitud y la realización plena de la libertad. En este sentido la repetición siempre será trascendencia, ya que únicamente la verdadera repetición se da desde el estadio religioso, al cual se accede gracias al amor, que empuja continuamente al hombre hacia adelante, hacia el futuro donde encontrará la posibilidad de elegir.

El individuo consciente de su existencia comienza y termina, cada vez que elige, la realización de su libertad. En otras palabras, cada vez que elige está renovando su existencia, pues cada vez es un acto nuevo que por ende no tiene un pasado, en tanto que no había elegido lo mismo que ahora está eligiendo, y tampoco tiene un futuro, porque para que este exista debe antecederle un pasado, que nunca ha existido. Lo mismo ocurre con el instante, que no se puede pensar en categorías temporales, pues éste es siempre nuevo, lo que indica, que nunca se elige lo mismo dos veces, o por lo menos no en las mismas circunstancias, y la mencionada elección en cada instante no traerá siempre las mismas consecuencias, porque como se dijo, no son ya las mismas circunstancias.

La repetición es asumir con seriedad la vida, porque siempre se nos estará exigiendo elegir entre la esperanza y el recuerdo, entre una esperanza que es futura, y que por ello no existe, y una experiencia, es decir, un pasado que nunca ha acontecido, pues la repetición es el mismo *instante*, que como su mismo nombre lo designa, es algo fugaz que no tiene ni un antes ni un después, simplemente es, por lo que, no ha sido ni tampoco será.

...el que no ha comprendido que la vida es repetición y que en ésta estriba la belleza de la misma vida, es un pobre hombre que ya se ha juzgado a sí mismo y que no merece otra cosa mejor que morir en el acto, sin necesidad de guardar a que las parcas corten el hilo de sus días. Pues la esperanza es un fruto sugestivo que no sacia, el recuerdo un miserable viático que no alimenta, más la repetición es el pan cotidiano que satisface con abundancia y bendición todas nuestras necesidades¹⁵.

Pensar en la repetición no es otra cosa que pensar en el *instante*, ya que al afirmar que la vida es una repetición, se quiere decir que lo que ya ha existido, comienza a existir de nuevo, gracias a que allí se ve comprometida la realización de la libertad. Por eso es necesario afirmar que la repetición es lo serio de la vida, porque lo que allí está en tela de

¹⁵ Kierkegaard, Sören. La Repetición. Pág. 132

juicio es la propia existencia, la propia vida. Una vez que se ha subido al tren hay que saber que no se detendrá sino hasta la próxima parada, y el continuar en él o bajarse es una posibilidad que siempre asechará en forma de angustia, la cual es inevitable, porque bien sea que decida subir al tren o decida dejarlo ir sin mí, ello requiere mi decisión, y cómo no, la valentía para asumir las consecuencias de lo que libremente he escogido.

Comprender verdaderamente el sentido de la vida y asumirla con seriedad es darse cuenta de que el *instante* es decisivo en la realización del hombre, pues es justo en éste cuando se tiene la posibilidad de elegir y llegar a autoconstituirse, es decir, de llegar a ser sí mismo. En otras palabras, sólo en el *instante* se realiza el Yo, que es espíritu, porque se ha puesto ante Dios y se ha dado cuenta de que únicamente en él encuentra el sentido propio de su libertad, de su trascendencia.

El *instante* es esa esencia maravillosa que no está en el pasado ni en el presente, y menos en el futuro (si es que se puede hablar de categorías temporales), es simplemente un continuo devenir que no se encuentra en ninguna parte. El *instante* es un continuo desaparecer, en tanto que no es algo estático. Es un continuo movimiento que simplemente tiene la posibilidad de ser.

EXCURSO

EXISTENCIA Y EXISTENTE; ESENCIA ÚNICA DE LA LIBERTAD

*“... La fe es lo más elevado y la exigencia más difícil. No es algo que uno pueda alcanzar y luego dejar, tiene que vivirse hora tras hora, día tras día, mes tras mes, año tras año, en el conjunto de la propia vida. Es totalmente exigente, desafiante, incómoda y solitaria”.*¹⁶

El hombre se halla inmerso en una realidad que quiera o no tiene que asumir, pues no puede ser indiferente ante lo que en esencia él mismo es: existencia. La existencia es lo propio del individuo, que dependiendo de su forma de vivirla hará que éste sea un desdichado o un hombre que anhela y busca su plena realización personal puesto delante de Dios.

El verdadero hombre es aquel que sabe asumir su existencia, y su virtud está precisamente en saber escoger el camino que lo conduzca a la libertad, un camino que se logra mediante el *salto cualitativo* de un estadio a otro. Para Kierkegaard el hombre desenvuelve su existencia en tres estadios diferentes (estético, ético, religioso) y que encuentran su culmen en el último de ellos, al cual pocos acceden, no por su imposibilidad, sino por la falta de empeño en ser un existente verdadero. Pues es un verdadero existente aquel que es capaz de renunciar a sí mismo para donarse, acto que se logra mediante el amor, que hace libre y que salva.

Este estadio entendido para nuestro filósofo es una forma, un estilo de vida, en la cual el hombre se halla durante su existencia. Los estadios no son considerados como proceso dialéctico, es decir, que no existe entre los mismos una continuidad o un camino ya determinado y de carácter ascendente, sino que el pertenecer a un estadio u otro depende

¹⁶ Vardy, Peter. Kierkegaard. Traducción de Maite Solana. Editorial Herder S.A., Barcelona, 1996. Pág. 54

del conflicto interno que se genere en cada hombre. Para que se pase de un estadio a otro el hombre debe romper rotundamente con lo que hasta el momento ha considerado como su verdad, su seguridad, su felicidad; debe hacer síntesis de cada uno de los elementos que lo integran, hacer que el espíritu despierte del ensueño en que vive y se la juegue toda por ser un existente verdadero que busca autoconstituirse como un individuo delante de Dios, y de esta manera conozca la esencia real de su libertad.

Aunque no exista una conexión como tal entre los estadios, se debe tener en cuenta, que el culmen de éstos está en el estadio religioso, pues es allí donde Kierkegaard pone al autentico existente, es decir, al auténtico cristiano que ha encontrado la esencia de lo que significa ser un existente real. Vale la pena dar una mirada a los distintos caminos que tiene el hombre como posibilidad de elección, y que no son estados en el sentido riguroso del término, pues el hombre no es un ser estático, sino todo lo contrario, es un ser en continuo devenir, o lo que es mejor, en continuo cambio, que busca su realización existencial propia que lo conduzca al ejercicio auténtico de su libertad.

A. El arte de la seducción, senda fugaz del esteta

En el primero de los estadios propuestos por el danés como una de las posibilidades que tiene el hombre en la realización de su existencia, aparece éste como aquel que únicamente vive atado a lo terreno, placentero y efímero, y hace del instante temporal su dios. Para el esteta no existe el instante como un átomo de la eternidad, sino que lo convierte en átomo de la temporalidad, es decir, del momento, y hace que ese momento de goce y placer se convierta en todo para él.

Quien se halla en este estado se caracteriza por ser un hombre mujeriego, entregado a lo sensual; es un glotón, poco refinado, que lo único que le preocupa son sus goces corporales y la satisfacción de todos sus bajos instintos. Quien se encuentra en el estadio estético olvida por completo hacer uso de la razón, y si la emplea es para justificar sus apetencias, convirtiéndola en una razón para el goce.

La figura que mejor representa este estadio para nuestro filósofo es la figura de Don Juan, a quien sólo le interesa el arte de la seducción, en la que encuentra su mayor placer; por eso a este personaje se le puede aplicar el refrán de Kierkegaard: “como haz vivido haz creído”, pues parece ser que únicamente tiene sus esperanzas en lo mediático y efímero de su existencia. El esteta, representado en Don Juan, está inmerso en lo momentáneo y convierte el instante de placer en un “dios”, en tanto que para él, lo demás no importa, nada existe, únicamente su satisfacción personal.

En el estadio estético, la persona rechaza las normas éticas y los valores de la sociedad. Para reemplazarlos, se dedica a construir una identidad propia, ya sea viviendo en el mundo de las ideas y el intelecto o persiguiendo el placer, si bien es cierto que el placer que persigue es más o menos sofisticado. La vida estética puede dedicarse a algún fin terrenal –poder, dinero, reputación, aficiones-; de hecho, a cualquier cosa que pueda constituir una preocupación en el mundo terrenal...¹⁷

El espíritu es el único que puede sacar al hombre de este estadio, pues éste representa la fuerza de lo eterno y rechaza lo mediático de los placeres. El espíritu, que es desesperación, es el que hace al hombre “libre”, si así se le puede llamar; pues el hombre esteta no es libre en cuanto vive atado solamente a lo terreno, y se olvida de la realidad eterna, que lo espera como posibilidad de ser elegida. Es gracias a la conciencia que toma el hombre progresivamente de la desesperación de vivir en dicho estadio que se da cuenta de que ha perdido el tiempo y la posibilidad de realizarse como auténtico individuo, por estar sujeto a lo meramente pasajero.

¹⁷ Vardy, Peter. Kierkegaard. Pág. 55-56

B. El deber cumplido como satisfacción ética del hombre

En el presente estadio es superado de cierta forma el anterior, pues el hombre ya no se preocupa de la misma manera por las cosas efímeras sino que ahora se convierte en un hombre comprometido, y por ende responsable; lo que hace que la figura emblemática del hombre ético sea el matrimonio (esposo), pues en éste se debe cumplir con el deber por el cual libremente se ha optado.

El matrimonio es la elección libre de un hombre y una mujer que deciden realizar su existencia juntos y que en virtud de su compromiso se prometen amor y fidelidad por la eternidad. El hombre se ve obligado en el cumplimiento, más que lo exterior es el compromiso lo que internamente ha escogido. Es decir, que el sujeto que opta libremente se está eligiendo a sí mismo, o mejor aún, está haciendo uso de su libertad, y por ende, el matrimonio como consecuencia de ésta hace que el hombre se desarrolle como ser autónomo, a la vez que debe encaminar su Yo hacia el hombre general, o si se prefiere al hombre universal.

Actuar de tal forma que mi obrar sea convertido en ley universal, es el imperativo categórico que espera el cumplimiento fiel del hombre ético en virtud de su deber. El hombre tiene tres compromisos o deberes que debe cumplir a cabalidad: el trabajo, el matrimonio y la sociedad.

El trabajo es entendido aquí como la tarea de realizar la propia vocación, pues cada hombre tiene una vocación específica, y por ende autónoma, que debe ser realizada de la mejor forma por parte de quien libremente así ha elegido. Lo mismo ocurre con el matrimonio que demanda amor por parte del hombre y de la mujer, pues así se ame de corazón al otro, es un deber propio del esposo amar a su esposa y viceversa, ya que el amor es lo propio del matrimonio. El hombre ético es una persona que no se ve nunca envuelta en

problemas judiciales o por el estilo, pues su deber se encuentra en el cumplimiento social de su trabajo y la responsabilidad familiar.

Sin embargo, según parece, el estadio ético no es el más elevado, pues allí no reside tampoco la auténtica libertad, pues aunque de manera diferente, también se está comprometiendo los afectos por lo meramente finito y, en segundo lugar, el hombre constituye una familia y cumple con todos sus deberes conyugales y sociales por el mero deber y la responsabilidad que éstos así le demandan.

... Vivir en lo ético no es de ningún modo el estilo de vida más elevado. De hecho, vivir éticamente conduce a menudo a una vida conformista, a adaptarse al estado, a la comunidad o, tal vez, a la Iglesia, *pero no a Dios*. Es posible vivir con gran rectitud, ser moralmente admirable, no infringir nunca el código moral, pero que Dios nos resulte irrelevante. El intento de esforzarse en adecuar la propia voluntad a alguna norma ética elegida desemboca en la desesperación y en una negación de la individualidad, puesto que lo que empuja a una persona a comportarse así es casi siempre su intento de ajustarse a la comunidad, al grupo, a la multitud. Tal persona puede ser admirada y entendida, pero sólo en términos finitos.¹⁸

Se puede llamar al esposo, figura representativa del estadio ético, un Héroe trágico, ya que aunque paulatinamente se va acercando a la libertad no deja de poner sus esperanzas, y más concretamente su amor, en cosas finitas, sino que además de eso, actúa por necesidad y en búsqueda del cabal cumplimiento de su deber. El hombre experimenta su libertad en este estadio pero de una manera limitada, en tanto que ha sido capaz de abandonarse a sí mismo (Yo), para entregarse a aquella persona con la cual ha decidido formar una familia siguiendo atado, sin embargo, a lo temporal y por ende finito.

El hombre vive sujeto a la norma y al cumplimiento de la misma, lo que le hace no libre de manera auténtica, y se desespera por el ahogo y la presión a las que se ve sometido en aras del deber que tiene con la familia, la sociedad y la Iglesia. El error del hombre se encuentra en haberse elegido a sí mismo y no en Dios, y como si fuera poco el querer eternizar lo elegido hace que el hombre caiga en el vacío y se desespere, porque este estado no le llena completamente. Al descubrir que la vida ética no era más que una posibilidad

¹⁸ Vardy, Peter. Kierkegaard. Pág. 74

que el mismo hombre hizo realidad siente el deseo de escoger una nueva posibilidad que es y no es a la vez real, pero que cree, puede ser la más acertada para su realización como sujeto existente.

C. El caballero de la fe: el más alto de los existentes

Hablar del estadio religioso es pensar en que el hombre se ha dado cuenta de su miseria y pequeñez, y de que lo que le ofrece el estadio estético no es otra cosa que lo pasajero. Lo mismo ocurre en el estadio ético, que no ofrece más que finitud y condicionante, es decir, se ama por deber y no por convicción.

Hablar del estadio religioso es hablar del caballero de la fe, quien es capaz de negarse a sí mismo para encontrarse con Dios y afirmarse como un individuo libre. El estado más loable del amor religioso se manifiesta en abandonarse y sacrificarse a sí mismo para reconocer al otro como mi prójimo. El amor religioso se concibe cuando nos damos cuenta de que todos somos iguales a los ojos de Dios, y que no puede existir, hablando cristianamente, comunión con Dios y división con los hermanos.

El amor cristiano es el que nos impulsa no a amar lo que es común a todos sino lo que es diferente en todos los hombres. Amor cristiano es sinónimo de diferencia, que hace de mi existencia una continua renuncia para abrirme y fundamentarme en Dios y mis hermanos.

Se es libre verdaderamente en el estadio religioso y únicamente allí porque se es capaz de abandonarse, o dicho de otra forma, de relativizar lo temporal, y se pone la confianza en lo eterno y absoluto, pues no hay otra relación del hombre con lo eterno que la búsqueda de lo infinito.

Lo que lleva al hombre a reconocerse como ser libre es la desesperación que le nace en los anteriores estadios, pues en éstos constata que ha perdido su tiempo al poner su

confianza en cosas que son terrenas, y por ende finitas. Lo que hace al hombre feliz es reconocerse un individuo delante de Dios, pues en la medida que reconozca a Dios se autoconstituirá como un hombre verdadero, y en la medida en que se es un hombre verdadero se reconoce a Dios como todo en la existencia.

El estadio religioso implica una relación personal con Dios y una responsabilidad directa ante Dios; todas las metas finitas pasan a un segundo plano. El estadio religioso conlleva dos pasos: el primero, subordinar todas las metas temporales a la relación con Dios; el segundo, que toda la vida del individuo se concentre en la relación con lo eterno.¹⁹

Es claro que la libertad es propia de cada individuo y la desesperación que éste vive de igual forma. En este sentido nuestro filósofo critica de manera tajante el cristianismo protestante de su época como institución, si así se le quiere llamar, pues considera que se ha quedado únicamente en lo formal y en lo externo y se le ha olvidado la persona y su relación íntima con Dios. El cristianismo se ha preocupado a lo largo de la historia por poner al hombre un nivel tan alto que no es un nivel humano sino divino; por esto se debe tener en cuenta que cada hombre construye su relación personal con Dios, pues es cada uno como individuo quien se puede reconocer pecador, y por ende un sujeto libre, y sólo él puede optar en la infinitud de posibilidades.

El auténtico cristiano es aquel que se reconoce como pecador delante de Dios y descubre que gracias a la fe que le son perdonados sus pecados y por ninguna otra cosa más. En otras palabras, el camino recorrido hacia Dios depende singularmente de la conciencia que se tiene de ser un pecador. Se es pecador porque libremente se eligió este “estado” pero se es libre porque se tiene la posibilidad de volver a Dios, y quien vuelve a Él lo hace porque se reconoce y se siente amado por el absoluto, y eso le basta para su realización existencial.

Alcanzar el estadio religioso es algo que muchos desean y pocos alcanzan, pues la fe es un camino que se recorre toda la vida, y que como tal requiere perseverancia, pues es

¹⁹ Vardy, Peter. Kierkegaard. Pág. 81

común no a pocos, que a la primera tentación se deje todo tirado, como un niño cuando siente miedo, y se salga corriendo a buscar refugio. El hombre de fe es digno de alabar, pues se sabe que es grande no por las cosas terrenas sino por las eternas.

Parece ser que ante la duda y el desespero no existe otro camino que el de creer, aún en lo absurdo y escandaloso que resulte para nuestra razón. Nadie recorre el mismo camino que otro, por lo que se es un existente que puesto en las manos de Dios, no tiene más camino, que dejarse amar y creer.

ANGUSTIA Y DESESPERACIÓN, CAMINO POSIBLE DE SALVACIÓN

“Característica esencial de este individuo único es su libertad, su capacidad de elegirse a sí mismo frente a las limitadas posibilidades que se le presentan. “¿Qué soy yo mismo?”... “Si quisiera hablar de golpe, designarlo con una respuesta pronta, entonces mi respuesta sería ésta: aquello que es a la par lo más abstracto y lo más concreto, es decir, la libertad.”²⁰

Adentrándonos en el tema propio de la libertad conviene recordar que ésta no se da en un ser vivo diferente del hombre, pues sólo él posee la facultad del razonamiento, y junto con ella la capacidad de elegir en las diferentes circunstancias de la vida, y como fruto de dicha elección puede decidir si ponerse o no frente a lo absoluto y fundante de su existencia, que es Dios mismo.

No se puede hablar del concepto de libertad en Kierkegaard si primeramente no se ha dado una mirada seria al concepto de angustia, que en últimas, va a ser el que hace posible el ejercicio de la libertad en sí misma. En este sentido vale aclarar desde el comienzo a qué se hará referencia en adelante cuando se empleen términos como angustia y desesperación, encaminados al ejercicio de la libertad en el hombre.

A saber, la angustia es inherente al hombre mismo, o dicho de otra forma, a la condición humana. En este sentido no podemos decir que la angustia obedezca a las acciones humanas sino que es un peso que antecede a todo hombre antes de llegar el momento de la elección. Precisamente lo que genera angustia en el individuo es el hecho de que algo sea posible. En otras palabras, la persona siente angustia cuando está sano pues existe la posibilidad de que se enferme, y es esto justamente lo que le produce intranquilidad en su existencia.

²⁰ Kierkegaard, Sören. La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado. Edición SARPE, S. A. Madrid. 1984. Pág. 7

En referencia a la desesperación cabe decir que se presenta en el hombre cuando éste, por más que intenta, no logra realizarse como verdadero espíritu. La desesperación toma preso al hombre cuando no realiza el proceso síntesis de las categorías que lo conforman. Por ende la diferencia sustancial entre angustia y desesperación está en que la angustia es lo previo al pecado (más adelante será explicado este concepto) que se presenta en el hombre, mientras que la desesperación es la esencia misma del pecado.

Como vemos, es necesario iniciar con el desarrollo de la noción de pecado, para así realizar una comprensión acertada de los conceptos de angustia y desesperación, y de la mutua relación que se da entre estos tres, sin olvidar por supuesto que el eje transversal de la exposición de estos conceptos o la finalidad de los mismos, es conducirnos al desarrollo del concepto de libertad en el hombre, como ser único e irrepetible que tiene la posibilidad de ejercer la libertad.

2. 1 El pecado

En *El concepto de angustia* Kierkegaard parte del hecho de que la razón tiene limitantes que no le permiten acceder, por sí sola, al estadio religioso en el cual el hombre halla su realización, y en este sentido la razón tampoco está en capacidad de concebir cuál es la realidad del pecado. Esto indica que ninguna ciencia puede decir a carta cabal qué es o de dónde proviene el pecado.

Generalmente se asocia el pecado dentro de la ética, pero es impensable que ésta de explicación del mismo, pues la ética lo que busca es el ideal, es decir, aquello a lo que el hombre debe aspirar. La ética busca el *deber ser*, mientras que el pecado es una realidad concreta, propia de cada hombre, es decir, de índole subjetiva. En pocas palabras, la ética tiene el problema de querer convertir lo ideal en real, en lugar de buscar el sentido contrario: que la realidad sea llevada a la idealidad.

Podríamos pensar en que el pecado no se concibe por sí solo sino que su acción tiene reconocimiento cuando el hombre, artífice del pecado se reconoce frente a Dios, o dicho de otra manera, el hombre peca cuando es “consciente” de la presencia de Dios en su vida, y aún así lo rechaza.

El hombre puede pecar solamente cuando está frente a Dios, el hombre peca sólo cuando rechaza a Dios, el hombre peca cuando rechaza lo que ha sido revelado por Dios, el hombre peca cuando rechaza a Cristo o su Evangelio.²¹

Para el danés es claro que el hombre cae en el pecado cuando por propia iniciativa se aleja de Dios. El hombre tiene la posibilidad de aceptar lo que Dios le revela en su vida y puede optar: si ser un individuo delante de Él o realizar su existencia tratando de ignorar lo que le es imposible ignorar. En este sentido parece ser que el único hombre realmente capaz de ser libre, es aquel que es diestro en reconocerse como un hombre pecador, que necesita de la misericordia de Dios, y así experimenta que su libertad es posible y a la vez real.

Así como el hombre elige el pecado también puede elegir el regresar al seno de su Padre, y en este sentido, el pecado es la afirmación de la propia libertad (en cuanto el hombre se auto-constituye como auténtico individuo sólo delante de Dios), y se hace necesario para experimentar que sólo el auténtico cristiano, que se reconoce pecador distinto de Dios, es capaz de hacer un acto de fe y abandonarse en la misericordia infinita del Todopoderoso.

Según parece, el hombre se realiza como un individuo auténtico sólo en la subjetividad de su ser, y por eso sólo él puede ser libre y sólo él puede pecar y reconciliarse nuevamente con Dios, por su esencia misma de individuo; lo que indica que la realización del pecado no se puede generalizar como algo común a todos los hombres, o que todo hombre recorre el mismo camino en el ejercicio de su libertad.

²¹ Guerrero Martínez, Luis. Kierkegaard: Los límites de la razón en la existencia humana. Pág. 123

Quizás exista algo común a todos en cuanto a la forma de relacionarse con Dios. Ese elemento común a todos, y que se puede decir es el puente entre el pecado y la gracia, y es a la vez la tabla de salvación para el hombre, siempre y cuando él lo elija, pues no es más que una posibilidad, es la fe. Sólo el que es un creyente se salvará. Pues el que tiene fe no da cabida a la duda, sino que es capaz de danzar ante el abismo más estrepitoso, porque no teme a nada y sabe que aún en lo más profundo y oscuro siempre existirá la posibilidad de encontrar la luz que lo salvará, que lo liberará del pecado.

Por otra parte, existe la concepción de pecado propuesta por Sócrates, antiguo pensador Griego, quien afirmaba que el pecado era la ignorancia o dicho de otra manera, quien peca es por ignorancia. Es decir, que el que pecaba era un ignorante en el sentido de que no sabía nada. Es decir que quien pecaba para Sócrates era alguien que no tenía conciencia²² de lo que hacía en tanto no poseía conocimiento de lo que practicaba.

Podríamos decir que el punto de quiebre de la definición socrática de pecado está en que nunca se dijo de dónde provenía la ignorancia ni cuáles eran sus particularidades. Sin embargo el punto más neurálgico lo encontramos en que, según el postulado socrático, si el pecado es ignorancia es un error decir que éste existe, pues el pecado es propiamente conciencia. Lo que indica que un hombre no puede ignorar lo justo y practicar lo injusto, es decir, que un hombre no comete un acto de injusticia en tanto no es consciente²³ de lo justo. Pero ¿cómo saber lo que es justo, lo que es perfecto, lo que es el bien?, si cuando se cree haber comprendido las cosas a la perfección nos damos cuenta de que es el mismo hombre el que ha comprendido lo que es justo, perfecto y bueno y nos determina la

²²(lat. conscientia) El uso filosófico de este término tiene poco o nada que ver con su significado común como el tener conocimiento de los propios estados, percepciones, ideas, etc., conocimiento por el cual decimos que el hombre es consciente. Cuando no está adormecido o desvanecido, ni distraído por otros hechos, de la consideración de sus modos de ser o de sus acciones... la noción que en la filosofía de Platón se acerca más a la de una relación del alma consigo misma es la definición que da de la opinión (o pensamiento en general) como el diálogo interno del alma consigo misma.

ABBAGNANO, Nicola. Diccionario de Filosofía. Fondo de cultura económica. México 1961. Pág. 207.

²³(lat. Conscius; ingl. Conscious; franc. Conscient; alem. Bewusst; ital. consciente) Este adjetivo es comúnmente adoptado en sentido del tener conocimiento; su uso filosófico corresponde, sin embargo, al del término *conciencia*, en donde *espíritu consciente*, por ejemplo, significa la actitud de la autorreflexión o de la búsqueda interior.

ABBAGNANO, Nicola. Diccionario de Filosofía. Pág. 237.

proximidad a lo mismo, lo que hace que a la hora de actuar caigamos en errores que sólo demuestran que aún no hemos comprendido lo que verdaderamente es lo supremo.

Kierkegaard dirá que se puede tener una idea, pero si ésta no se vive es como si no se conociera, en el sentido de que la verdad para nuestro filósofo es aquello por lo que vale la pena incluso dar hasta nuestra propia vida. En otras palabras, la tabla de salvación de la definición socrática de pecado se encuentra en que si un hombre no practica lo que es justo es porque aún no ha comprendido lo que esto significa.

Si uno hace lo que es justo, entonces de seguro que no peca; y si no lo hace, entonces es claro que no ha comprendido. La verdadera comprensión de lo que es justo le impulsaría inmediatamente a cumplirlo, convirtiendo toda su vida en un eco simultáneo de su comprensión; lo que demuestra que el pecado es ignorancia.²⁴

En pocas palabras, como ya se dijo, el pecado entendido como ignorancia tiene pertinencia si se entiende que el ejercer un acto injusto es sinónimo de que aún no se ha comprendido verdaderamente lo que es justo, pues de haber comprendido realmente lo que significa ser justo como individuo se evitaría realizar actos de naturaleza injusta.

Por último, se nos presenta la definición cristiana de pecado, la cual el danés defiende abiertamente y es con la cual vamos a trabajar en el presente capítulo ya que para Kierkegaard sólo el auténtico cristiano es libre, porque es quien tiene conciencia de la noción de pecado, y sabe que así como puede ejercer su libertad optando por el pecado, así también necesita arrepentirse e implorar la misericordia de Dios para autoafirmarse como auténtico individuo, es decir, para ser libre.

El pecado entendido desde el Cristianismo radica en la voluntad, lo que indica que el pecado no está en el conocimiento de lo que es el bien, por ejemplo, sino en la voluntad que se tiene para practicarlo. Justamente aquí está la diferencia de la concepción socrática del pecado con relación al Cristianismo: para el primero el que no cumple lo que es bueno es

²⁴ Guerrero Martínez, Luis. Kierkegaard: Los límites de la razón en la existencia humana. Pág. 132

porque no lo ha comprendido, mientras que para el segundo es porque no lo ha querido comprender.

En pocas palabras, para el Cristianismo el hombre peca en tanto que sabe lo que es bueno, y aún así no lo practica. Sin embargo, no se puede pasar por alto que para el cristiano no son los hombres los que determinan lo bueno o lo malo de un acto, o el estado de pecado o de gracia en el que se pueda estar, pues el sólo hecho de que se encuentre sumergido en el pecado hace que no se de cuenta de lo que está haciendo. Es gracias a la revelación de Dios que el hombre puede comprender lo que significa el pecado y puede darse cuenta de lo distante que se encuentra de Dios y de la posibilidad que tiene de volver a Él. En pocas palabras, la Revelación divina pone de manifiesto la relación del hombre con Dios, esa relación que permite al hombre tomar conciencia de su necesidad de Dios, de su necesidad de libertad.

2.2 Posibilidad de posibilidades: angustiarse ante la nada

El hombre a lo largo de su vida se ve cuestionado por múltiples objeciones, las cuales persigue con toda su mente y corazón: la búsqueda de la felicidad, el deseo de trascender, el anhelo de alcanzar el ejercicio pleno de la libertad, etc. Sin embargo, hay algo que está acompañándolo como eje transversal que abarca todos sus ideales y todas sus acciones, y que por ende no puede eludir, es algo que encierra todo lo que él es (realidad) y todo lo que le falta por realizar (posibilidad), su existir. Quizás encuentre circunstancias que puede evadir fácilmente, pero ante lo que no puede tener excusa o simplemente dar la espalda es la misma existencia, que cobija todas las posibilidades y que sólo el individuo puede hacer real.

Es la angustia la que lleva al hombre a elegir ante la infinidad de posibilidades que se le presentan, y en este sentido quien se angustia es quien elige y quien elige es quien existe, ya que la no elección también hace parte de la conciencia del existir. Claro está, que no se puede evocar el concepto de angustia sin antes decir que ésta se realiza únicamente en el

espíritu, que se constituye como síntesis de cuerpo y alma en el hombre, es decir, que un animal quedaría fuera de vivir la angustia, de elegir y de ejercer la libertad, pues el espíritu es el mismo Yo del hombre que busca autoafirmarse.

Para nuestro filósofo no se puede abordar el tema de la libertad si no se tiene en cuenta que es la angustia la que brinda la posibilidad de que ésta se de. Es gracias a la angustia que padece el hombre continuamente, esa angustia de nada en tanto nada ha ocurrido, que él mismo es conducido al instante de la elección, la cual hace posible su realización como ser libre y autónomo, que se ve de frente ante el absoluto que lo hace libre.

La angustia no se refiere a nada determinado, sino a la pura posibilidad de poder. Es un “vértigo” que atrae, casi irresistiblemente, el “vértigo de la libertad”: “La libertad fija la vista en el abismo de su propia posibilidad, e intentando sostenerse echa mano a la finitud, cae al suelo, y cuando se levanta de nuevo, ya es culpable”.²⁵

Para Kierkegaard la angustia no obedece propiamente a algo en concreto; todo lo contrario, le presta atención a la simple posibilidad de que algo ocurra. Es decir, que por lo que el hombre se ve agobiado no es por el pecado en sí sino por la posibilidad de que éste ocurra. Esto nos da a entender que la angustia es un vértigo al que el hombre se encuentra sometido, es decir, el vértigo de la libertad, en tanto tiene la posibilidad de afirmarse como un ser delante de Dios o continuar lamentándose por la posibilidad que tuvo y que no fue realidad.

La angustia, es pues, lo decisivo en el hombre que se refleja concretamente en la elección de la posibilidad. Abandonarse en Dios y ser libre es tan sólo una posibilidad que es y a la vez no es real, en tanto que únicamente se es libre en el instante mismo de la elección, es decir, que el momento anterior a la misma no es más que una continua angustia por aquello que puede llegar a ser, y el tiempo posterior es la consecuencia del instante que ya no es.

²⁵ Kierkegaard, Sören. El concepto de la angustia. Pág. 9-10

Vale la pena decir que nuestro filósofo distingue tres momentos importantes en los que aparece la angustia en el hombre, a saber:

2.2.1. *Estado de inocencia.* Este primer momento de la angustia alude a ese estado o esa cualidad en la que el hombre se encuentra y en la que el espíritu del Yo está en un ensueño profundo; es decir, que en este estado el hombre no está determinado como espíritu, lo que hace que no haya consciencia de lo que soy Yo y de lo que me falta para llegar a configurarme como tal. La inocencia no se debe considerar como algo negativo sino todo lo contrario, como un estado en el cual se puede permanecer, en tanto que allí se encuentra la paz y serenidad; es decir no hay nada por lo cual preocuparse, pero ello a la vez es generador de nada, o mejor aún, de angustia.

Se puede decir que en el estado de inocencia el espíritu se angustia ante el abismo de la nada, pues ahí, en la inocencia, no hay pecado no hay nada. Lo que angustia realmente hasta los tuétanos al hombre es que ésta no es más que una posibilidad entre posibilidades; en otras palabras, todo es posible, y esto es lo que genera desespero en el individuo. La angustia que embarga al hombre no es la angustia de caer en pecado, pues la determinación de que algo es bueno o malo sólo se da en el momento de la libertad, es decir, en el momento mismo de la elección.

Con relación a Adán y el pecado original, cabe decir que el estado inicial del primer hombre era el mismo de todo hombre en la infancia, el de inocencia. Esa inocencia que es ignorancia en cuanto se desconoce el pecado, o mejor aún, las consecuencias del pecado, pues de conocerlas ya no habría inocencia sino ausencia de la misma. Quien desea abiertamente la inocencia es porque ya la ha perdido.

Lo mismo, pues, que Adán perdió la inocencia por medio de la culpa, así la pierde también todo hombre. Si no fue por medio de la culpa como la perdió, tampoco fue la inocencia lo que perdió, y si no era inocente antes de tornarse culpable, no se tornó nunca culpable.²⁶

Lo que hace que se pierda, sin lugar a dudas, la inocencia, es la culpa. En este sentido no se puede añorar la inocencia si no se ha perdido; es decir, que el pecado que engendra la culpa es el que destruye el estado de inocencia en todos los hombres, así como lo hizo con Adán. La inocencia es el estado en que todo hombre se angustia de sí mismo, en cuanto no llega a comprenderse a sí mismo, pues le es ajena la realidad del pecado, que se hace necesaria, para reconocerse como ser auténticamente libre. El hombre se da cuenta de que es libre porque pudo elegir el pecado, y de la misma manera es libre porque descubre que puede acercarse a Dios, implorar su misericordia, y así autoconstituirse como un ser realmente libre.

2.2.2 *Despertar de la conciencia.* Pensar en un segundo momento de realización de la angustia no es anular el momento precedente; es decir, que el despertar del espíritu no tiene como consecuencia la nulidad de la inocencia, sino todo lo contrario, es elevado a una forma superior.

Hablar del pecado en Adán es pensar en inocencia que se traduce como ignorancia, pues no comprende las palabras de Dios "...De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él morirás sin remedio"²⁷. ¿cómo podía distinguir Adán el bien y el mal, si este conocimiento era el producto de comer la fruta del árbol?. ¿cómo podía Adán entender qué era la muerte si aún no lo había experimentado?. Parece ser que lo que angustia a Adán es la prohibición de comer del árbol, en el sentido de que la prohibición es una posibilidad. La prohibición le angustia, pues se despierta la posibilidad de libertad.

²⁶ Kierkegaard, Sören. El concepto de la angustia. Pág. 53

²⁷ Conferencia Episcopal Española. Biblia de Jerusalén. Génesis 2,16-17. Editorial. Desclée De Brouwer, S.A. Bilbao. 1998. Pág. 16

Adán se ve en el grado más alto de la ignorancia al tener que elegir su autoconstitución con Dios o sin él. La angustia se da de una forma irónica, si así se le puede llamar, pues no tiene, Adán ni ningún hombre, la mínima idea de lo que puede pasar. Es la posibilidad la condición *sine qua non* del pecado, en tanto que cualquier cosa que ocurra es una realidad y a la vez una posibilidad.

2.2.3. Estado posterior al pecado. Por último, se puede hablar de una angustia que, posterior al pecado, se presenta de dos maneras diversas: bien sea como angustia objetiva o angustia subjetiva. En cuanto a la angustia objetiva, se podría decir que equivale a “pensar en esa angustia de la inocencia, que es la reflexión de la libertad sobre sí misma en su posibilidad”²⁸; lo que hace pensar que el pecado de una generación se refleja en el mundo entero, es decir, que el pecado tiene lugar en el mundo con el pecado de Adán y el de cada individuo. La angustia objetiva es parte pues de la naturaleza del mismo hombre en tanto es una posibilidad real que se da en todo individuo.

Por otra parte, hablar de angustia subjetiva para Kierkegaard es pensar en “la angustia que surge en el individuo como causa de su pecado”²⁹, por lo que este tipo de angustia es propia de cada individuo. Tal es su característica: que no se puede pensar en el origen del pecado como tal en tanto es algo que compete a la experiencia misma de cada hombre. En pocas palabras, el pecado entra en el mundo por el pecado de cada hombre y por ninguna otra cosa más. La angustia subjetiva hace evidente que cada individuo viva un grado diferente de angustia en su existencia, y que gracias a ella pueda realizar ese *salto cualitativo*, de un estado a otro, que lo conduzca a la libertad.

Para nuestro filósofo sólo aquel que es capaz de realizar el *salto cualitativo* es capaz de acceder y hacer efectiva la libertad, pues, consciente de la posibilidad que tiene entre sus manos decide apoyarse en el Absoluto, es decir, afirmarse como espíritu en Dios. En pocas

²⁸ Kierkegaard, Sören. El concepto de la angustia. Pág. 75

²⁹ Kierkegaard, Sören. El concepto de la angustia. Pág. 76

palabras, cuanto más se angustie un individuo más hombre llega a ser. Pues la angustia es el resorte que lo impulsa hacia la infinidad de posibilidades que tiene de libertad.

2.3 Enfermedad mortal que no mata: la Desesperación.

Kierkegaard piensa que lo realmente característico del individuo, es decir, lo que lo hace diferente de los demás, es su capacidad de elegir, o mejor aún, de elegirse a sí mismo en la infinidad de posibilidades que rodean su existir: La libertad.

La posibilidad de elegir ser libre es la que hace que el hombre descubra su existencia de individuo gracias al pecado; o dicho de otra forma, es el pecado el que otorga la singularidad al individuo y lo constituye, en tanto que cada hombre es libre de optar por sí mismo o por Dios. Cuando el hombre peca toma conciencia de sí mismo al darse cuenta de que su autoconstitución es nada menos que una posibilidad de posibilidades.

La conciencia se adquiere mediante el *salto cualitativo*; es decir, mediante un proceso dialéctico que el individuo debe realizar por sí mismo, haciendo la ruptura total y pasando de un estado a otro (estético, ético, religioso), sin contemplaciones ni rodeos. El *salto cualitativo* que acompaña al hombre en el ejercicio de su libertad es un continuo devenir, porque en el mismo instante en que se está dejando de ser para llegar a ser otro que al mismo tiempo ya no es.

Si bien en ese continuo devenir en el que se mueve el hombre, se es presa de la angustia, gracias a que no hay nada establecido sino que todo está en continuo cambio, se genera la angustia ante la nada, pues nada existe más que la real posibilidad de la libertad. Sin embargo, la desesperación es la que tiene la característica propia de la libertad, en cuanto permite que el individuo se relacione consigo mismo, dude de sí mismo, dude de su elección, y dude hasta la muerte por no poseer la certeza de la salvación.

2.3.1 La enfermedad mortal es la desesperación

Según el danés, hablar de la desesperación en el hombre es hablar de enfermedad mortal, en el sentido de que la desesperación es una enfermedad que ataca lo más íntimo del ser humano y hace al hombre un desgraciado y miserable que se encuentra *ad portas* de la muerte, pero que por más que la desea no la alcanza, porque vivir desesperado es estar muriendo y a la vez no muriendo. La muerte no es la cura para la desesperación, pues no podemos concebir la muerte como el final de todo sino que se vive la muerte en un momento, para vivir eternamente.

...Pues, hablando humanamente la muerte es lo último de todo y sólo cabe abrigar esperanzas mientras se vive. En cambio, entendiéndolo cristianamente, la muerte no es en modo alguno el fin de todo, sino solamente un sencillo episodio incluido en la totalidad de la vida eterna; y, según ese mismo sentido cristiano, en la muerte caben infinitamente muchas más esperanzas que en lo que los hombres llaman vida, por mucho que ésta sea plena de salud y fuerzas. Por lo tanto, en el sentido cristiano, ni la misma muerte alcanza la categoría de enfermedad mortal, y muchísimo menos la alcanza todo eso a lo que suele llamarse sufrimientos terrenos y temporales...³⁰

Parece ser que quien padece la enfermedad mortal se encuentra lejos de morir de esta enfermedad, pues lo único cierto es que quien vive desesperando se encuentra atado al instante, a la eternidad de cada instante que se hace siempre presente. Por más que lo intente, el hombre, no puede deshacerse de su autoafirmación, puesto que sería imposible deshacerse de su propio Yo. Es decir, que el hombre se ve atrapado por las redes de la desesperación que lo arrastran a ser sí mismo y a la vez a no querer ser sí mismo. Querer ser sí mismo implica renunciar y sacrificarse por amor, en la entrega al otro, mientras que no querer ser sí mismo conduce a errar en la elección de vida, pues no optar por sí mismo es no optar por Dios, en quien se encuentra la realización de la libertad.

³⁰ Kierkegaard, Sören. La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado. Pág. 30

El hombre desesperado es aquel que está en continua agonía, y que muere a lo que lo ata y no lo deja ser libre; es aquel que se encuentra en la búsqueda de una verdadera identidad y de una integración de todo lo que en él confluye. El hombre por su esencia misma se encuentra en discordancia en lo más profundo de su Yo, pues como ya se mencionó, está queriendo ser y no ser a la vez.

La desesperación es propia del espíritu, pues es allí donde el hombre encuentra su deseo, si así se le puede llamar, de realización. Sin espíritu es impensable el ejercicio de libertad individual. Sólo allí se encuentra el dilema de ser y no ser que rodea la existencia del hombre y que lo impulsa a la autoconstitución de los elementos que lo integran. En otras palabras, la desesperación es ese espíritu que busca su constitución como Yo. El espíritu es el Yo, y éste a su vez es:

...una relación que se relaciona consigo misma, o dicho de otra manera: es lo que en la relación hace que ésta se relacione consigo misma. El yo no es relación, sino el hecho de que la relación se relacione consigo misma.³¹

El hombre es una relación de dos términos: alma-cuerpo, infinitud-finitud, tiempo-eternidad, posibilidad-necesidad, que hacen que el hombre realice el proceso de síntesis sin el cual no hay libertad. Sin embargo, en la síntesis no existe propiamente el yo sino únicamente cuando la relación, por ejemplo, de cuerpo y alma, es capaz de relacionarse consigo misma, se da un tercer elemento que es el Yo. En consecuencia, aparece la desesperación en el hombre como respuesta a la imposibilidad de configurarse como una síntesis equilibrada que le es imposible alcanzar. Según parece, el carácter de que la desesperación sea una enfermedad incurable obedece precisamente a la posibilidad del hombre de configurarse como síntesis equilibrada y serena.

Cabe decir entonces que cuanta más conciencia se posea mayor es la desesperación del hombre, pues se encuentra de frente con dos realidades ineludibles que lo interrogan y lo agobian continuamente: por un lado el hombre, cuando es consciente de su fragilidad, se

³¹ Kierkegaard, Sören. La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado. Pág. 35

desespera por lo que es y no quiere ser sí mismo, y por otro, quiere ser sí mismo y se desespera por lo que no es.

La desesperación es algo propio del espíritu, y como tal es característica de lo eterno en el hombre, lo que nos hace pensar, que por más que el hombre rechace lo eterno, éste siempre vuelve en cada instante de elección que se le presenta al individuo. Por ello la desesperación parece ser común a todos, pues todos poseen un espíritu, un espíritu que se encuentra en relación con lo eterno. Sin embargo, el único que tiene la posibilidad de curarse de la desesperación es el cristiano, el cristiano auténtico, en tanto es el único capaz de darse cuenta de la enfermedad mortal, o si cabe decir, es el único capaz de darse cuenta de su pecado. No se puede olvidar que Dios se revela al hombre en su interior gracias a la fe y hace que éste aprenda a sobrellevar la carga de la desesperación imitando el camino de Jesucristo.

2.3.2 La desesperación es el pecado

Como se ha dicho anteriormente, la desesperación es un fenómeno propio del espíritu, y de la misma manera se puede decir que el pecado también es un fenómeno del espíritu, pues para nuestro filósofo es claro que el pecado tiene cabida en el hombre cuando éste, teniendo la idea de Dios, no quiere ser sí mismo o quiere ser sí mismo. Lo que genera propiamente la desesperación en el hombre es la idea de Dios, más concretamente, la idea de estar delante de Dios. Es decir, que el hombre por sí solo no puede darse cuenta de su estado de pecado sino que requiere de la revelación divina, la cual le indica al hombre en su verdadero estado. Lo que confirma una vez más que el pecado, desde una óptica cristiana, va encaminado a la voluntad y no al conocimiento del mismo. Según esto, no es tanto el pecar sino el permanecer en el pecado lo que realmente constituye la desesperación más grande que aleja al hombre de Dios y de su deseo más íntimo de autoafirmación, como ser realmente libre.

Le desesperación es todo lo contrario a la fe, y en este sentido quien lleva la desesperación al punto más alto peca, en tanto que no es creyente sino incrédulo. El desesperado pierde toda esperanza, y junto con ella toda posibilidad de salvación; sin embargo, lo único que lo puede sacar de dicho estado es el crecimiento gradual de su conciencia de que es un ser delante de Dios. En otras palabras, no se peca contra Dios sino delante de Él, y es esto lo que hace que una falta humana se convierta en pecado: que teniendo la idea de Dios no se quiera lo que Él quiera, y no se obedezca lo que Él manda.

Según parece, cuanto más grande sea nuestra conciencia de Dios mayor va a ser el Yo que se posea, o lo que es lo mismo, cuanto mayor sea la conciencia del Yo que se posee, mayor será la idea de Dios que se tiene. En pocas palabras sólo el hombre que tiene conciencia de Dios es capaz de ser un Yo infinito, o lo que es lo mismo, mayor será la idea de Dios que se tiene. En pocas palabras, sólo el hombre que tiene conciencia de Dios es capaz de ser un Yo infinito, o lo que es lo mismo, un Yo que trasciende.

A este punto del camino conviene examinar si realmente el hombre es libre en plenitud o no, pues parece que el hombre que no configure su existencia con la de Dios no es libre totalmente. Dicho de otra manera, el hombre que se elige a sí mismo está eligiendo el pecado que lo aleja cada vez más de Dios, haciendo la salvedad de que esa misma elección lo conduce a Dios, si así el hombre lo desea. Es decir, que la medida del Yo es Dios, por lo que se ve condicionada en cierta forma su libertad al Absoluto para su realización.

De la misma manera se puede afirmar que el hombre pensado, como síntesis no se puede desesperar si antes no se ha constituido como tal. Si se mira bien quien puso los elementos de esta síntesis en el hombre es Dios mismo, por lo que una vez más, el hombre requiere de su creador para su autoafirmación. Y como si fuera poco, cuanto más rechace el hombre lo eterno tanto más tendrá la posibilidad de elegir nuevamente aquello de lo que siempre ha pretendido huir: Dios.

En pocas palabras, sabemos que hay libertad de elección en el hombre en las circunstancias de su vida, pero aún así el ejercicio de su libertad se ve supeditado a Dios, en cuanto sólo puede trascender aquel que es capaz de creer y lanzarse a afrontar el abismo de su propia existencia. En últimas el deseo de infinitud que posee de manera congénita el hombre es alcanzable mediante la fe y nada más; es decir que para el creyente sólo se es libre en la fe.

2.3.3. La enfermedad mortal es el pecado

Como ya hemos dicho, la enfermedad mortal que asecha al hombre es el pecado, y todo pecado es desesperación, entendiéndose pecado no como un instinto o furia de la carne y sangre que forman al hombre sino como un consentimiento asimilado por el espíritu, y que se realiza en la presencia de Dios.

Queda pues claro en nuestra reflexión que la enfermedad mortal se presenta en el hombre, el pecado, porque una vez que Dios se ha revelado a éste en su interior y le ha mostrado qué es el pecado, el hombre de manera desesperada y delante de Dios no quiere ser sí mismo, y de igual forma quiere ser sí mismo delante de Dios. Es por esta razón que todo hombre padece la enfermedad mortal de la desesperación porque anda en busca de su autoconstitución, anda en busca de su libertad, o mejor aún, anda en busca de conocerse y afirmarse.

Sin embargo, no todo parece perdido, pues cuando se cree estar solo y abandonado en lo más recóndito de la selva y rodeado de un mar de infinitas posibilidades que no me muestra con claridad qué camino tomar, siempre hay un salvavidas con el cual pasar nadando al otro lado, siempre hay un haz bajo la manga, y se llama fe.

Es únicamente por medio de la fe que la enfermedad mortal desaparece en el hombre pero no sin antes reconocerse o tomar conciencia de que se es un Yo frente a Dios. En otras palabras, el individuo no tiene más remedio que abandonarse y creer profundamente en que

Dios es su Padre infinitamente bueno y misericordioso, que le tiende la mano, lo recibe con los brazos abiertos, como al hijo pródigo, y lo hace seguir a la fiesta de su gracia, pues no puede haber más alegría para un cristiano que el haber dejado de ser un desesperado y constituirse como un individuo delante de Dios.

Se puede decir que la desesperación es una desventaja para el hombre, porque es una enfermedad, y como tal va consumiendo al hombre (en sí misma), lo hace un desdichado y le hace vivir su existencia de una manera agobiante; sin embargo, la desesperación es también una ventaja para el hombre, porque es gracias a ésta que el hombre se reconoce libre. Quien es consciente de su desesperación es consciente de su pecado, y así como tuvo la oportunidad de elegir el pecado también tiene la posibilidad de arrepentirse y volver al Padre.

Sólo el cristiano que cree en Cristo, cree en su Palabra y la encarna en su vida, será capaz de abandonar su vida de pecado, se salvará, pues lo que hace al cristiano diferente de los demás hombres es que éste es capaz de *creer* en el perdón de los pecados y no se escandaliza de ello, como le ocurrió a los Judíos en tiempo de Jesús. Los Judíos se escandalizaban de que Jesús dijera que podía perdonar los pecados porque no poseían el elemento de la fe, no creían que esto fuera posible.

La fe es creer en lo imposible, por eso quien pone su fe en Cristo no queda defraudado, pues deja resonar las Palabras del maestro en su corazón "...Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás..."³² El hombre sabe que ha pecado o peca por su debilidad y fragilidad, propias de su naturaleza, pero reconoce que Dios es el refugio en el cual puede encontrar descanso y cura a todos sus tormentos.

³² Biblia de Jerusalén. Jn 11, 25-26. Pág. 1569

El hombre debe aprender a integrar la razón y la fe, o si se prefiere, debe aprender a distinguir entre la una y la otra, pues la fe puede resultar escandalosa para la razón cuando esta última se da cuenta de que todo es un absurdo, y que no tiene sentido alguno. Pero para quien pone la fe por encima de cualquier otra cosa todo es posible, pues para Dios no hay nada imposible. A los ojos humanos todo puede parecer inútil y perdido, pero cuando se usan los lentes de la fe todo puede ocurrir, todo puede ser real.

Vale la pena mencionar que únicamente se puede salvar aquel hombre que tiene fe y no vacila ante la adversidad. Abraham es el reflejo del hombre que sabe esperar, se abandona y ama; es él quien obedece a Dios por encima de todo, por eso deja su tierra y sin dudar abandona todo para ir a la tierra prometida por su Dios. De la misma manera es capaz de querer sacrificar a su unigénito, que tanto amaba, y que adentrado en años había conseguido tener. Todo porque era un hombre que así le pareciera, absurdo, ilógico y hasta tonto lo que Dios le pedía, sabía que nunca sería defraudado y confiaba plenamente en Yahvé su Dios.

“Y quiso Dios probar a Abraham y le dijo: Toma a tu hijo, tu unigénito, a quien tanto amas, a Isaac y ve con él al país de Moriah, y ofrécemelo allí en holocausto sobre el monte que yo te indicaré”.

Era muy de madrugada cuando Abraham se levantó, hizo aparejar los asnos y dejó su tienda, e Isaac iba con él. Sara se quedó junto a la entrada y les siguió con la mirada mientras caminaban valle abajo, hasta que desaparecieron a su vista. Durante tres días cabalgaron en silencio, y llegada la mañana del cuarto continuaba Abraham sin pronunciar palabra, pero al levantar los ojos vio a lo lejos el lugar de Moriah. Allí hizo detenerse a sus dos servidores, y solo, tomando a Isaac de la mano, emprendió el camino de la montaña. Pero Abraham se decía: no debo seguir ocultándole por más tiempo a donde le conduce este camino. Se detuvo entonces y colocó su mano sobre la cabeza de Isaac, en señal de bendición, e Isaac se inclinó para recibirla. Y el rostro de Abraham era paternal, su mirada dulce y sus palabras amonestadoras. Pero Isaac no le podía comprender, su alma no podía elevarse a tales alturas, y abrazándose entonces a las rodillas de Abraham, allí a sus pies, le suplicó, pidió gracia para su joven existencia, para sus gratas esperanza; recordó las alegrías del hogar de Abraham y evocó el luto y la soledad. Entonces Abraham levantó al muchacho y comenzó a caminar de nuevo, llevándole de la mano, y sus palabras estaban llenas de consuelo y exhortación, pero Isaac no podía comprenderle. Abraham siguió ascendiendo por la senda del Moriah pero Isaac

no le comprendía. Entonces se apartó brevemente Abraham de junto al hijo, pero cuando Isaac contempló de nuevo el rostro de su padre, lo encontró cambiado: terrible era su mirar y espantosa su figura. Aferrando a Isaac por el tórax lo arrojó a tierra y dijo: “¿Acaso me crees tu padre, estúpido muchacho? ¡Soy un ídólatra! ¿Crees que estoy obrando así por un mandato divino? ¡No! ¡Lo hago porque me viene en gana!” Tembló entonces Isaac y en su angustia exclamó: “¡Dios del cielo! ¡Apiádate de mí! ¡Dios de Abraham! ¡Ten compasión de mí! ¡No tengo padre aquí en la tierra! ¡Sé tú mi padre!” Pero Abraham musitó muy quedo: “Señor del cielo, te doy las gracias; preferible es que me crea sin entrañas, antes que pudiera perder su fe en ti”³³.

Abraham demostró su confianza en Dios, y aunque sacrificar a su hijo era lo más absurdo del mundo, por fe, se dispuso a sacrificarlo pero finalmente Dios vio la lealtad y confianza de su siervo y le dio un carnero para el sacrificio en lugar de su propio hijo; por eso Abraham se convirtió en el Padre y caballero de la fe para todo el que crea. Sólo el caballero de la fe se abandona en Dios, aún sintiendo el desasosiego más grande que puede experimentar en su existencia.

Existieron, existen y existirán hombres loables por su fuerza, su astucia, su humildad, y por todo lo que se desee, pero Abraham fue grande y será recordado siempre porque creyó, y creyó no en cualquier persona o cosa humana, sino porque creyó en Dios. Abraham fue grande porque supo confiar y esperar en Dios, fue capaz de abandonar sus prejuicios, su razón, sus sentimientos, por llevar consigo y lo más digno de alabanza: su fe en Dios. Por eso Dios lo bendijo y le prometió multiplicar su descendencia, como las estrellas del cielo y como las arenas del mar.

La fe de Abraham es recia, segura, robusta, porque cuando Dios lo probó, lo hizo en su vejez; es decir que su fe fue la construcción y el trabajo de toda su vida, no fue algo que apareció en el instante mismo de la prueba sino que, todo lo contrario, fue en aquel instante en el que Abraham reafirmó su fe.

³³ Kierkegaard, Sören. Temor y Temblor. Traducción Vicente Simón Merchán, Editorial Altaza. Barcelona, 1994. Pág. 8-9

Dios no nos pide nada a cambio, sólo nuestra confianza total en Él, y eso basta, pues si recordamos los milagros de Jesús lo único que exigió a quienes imploraron su misericordia fue creer, pues la salvación del hombre está puesta en manos de él mismo y del ejercicio de su libertad, a la cual se accede pagando una cuota inicial que se llama fe, pues como Jesús dijo a Tomás, quien no creía en sus apariciones: “dichoso aquel que cree sin haber visto”, pues en esto consiste propiamente la fe: creer y tener la certeza. “La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de lo que no se ve”³⁴, por eso dichoso quien pone su confianza en el Todopoderoso, se lanza al vacío aunque sea lo más absurdo a los ojos del mundo, y confía en que su esperanza no será nunca defraudada.

³⁴ Biblia de Jerusalén. Hb 11,1. Pág. 1773

CONCLUSIÓN

La libertad es uno de los muchos interrogantes que todo hombre se ha planteado a lo largo de la historia, y al cual cada uno ha tratado de dar respuesta a partir de sus propias creencias, y cómo no, de la realidad concreta en la que se encuentra inmerso.

Todo hombre “conoce” la libertad, bien sea porque ha oído hablar de ella o bien porque la ha experimentado, pero lo cierto es que toda persona lo que busca en el fondo, y su mayor anhelo, consciente o inconscientemente, es la libertad de pensamiento y acción, pues parece ser que ésta es elemento indispensable para la realización y afirmación personales de cada individuo.

El ser humano se encuentra inmerso en una realidad que, quiera o no, le exige tomar una posición frente a su vida, así sea la de la indiferencia, que también es una decisión, quizás no la más adecuada, de asumir su existencia. Y es justamente ahí, en el momento de apropiarse de su existencia, que se ve enfrentado a un sinnúmero de problemas e interrogantes que acorralan su vida, el sentido de la vida, el anhelo de trascender, el deseo de felicidad; en fin, son infinitos los cuestionamientos que asechan nuestra existencia y a los cuales buscamos una respuesta segura y constante que dé sentido a nuestro existir y nos brinde una razón para vivir.

Considero que uno de los interrogantes que más preocupan al hombre es el tema de la libertad, pues ¿a qué hombre le gusta vivir encadenado o sujeto al pensamiento o decisiones de otro, a un horario, a una norma, etc.? Fue importante profundizar el tema de la libertad, no sólo porque es un elemento primordial e interpelante de la existencia de cada individuo, sino porque debemos darle sentido a la concepción misma de nuestra vida, comprendiendo que libertad no es hacer lo que yo quiero o lo que a mi me parece únicamente, sino que

también debemos tomar conciencia de que cada decisión que se tome o se omita repercute en cada una de las personas que nos rodean.

Trabajar el tema de la libertad desde un filósofo como Kierkegaard, es sentarse a pensar sobre una filosofía de la vida y no sobre conceptos elevados ni teorías abstractas, porque para él la libertad se encuentra anclada en la existencia misma de cada individuo, en la angustia de cada día, de cada momento, de cada instante. Alcanzar la libertad desde una perspectiva kierkegaardiana, es pues, hacer un ejercicio pleno de entrega y abandono de todo, incluso de sí mismo, a Dios, mediante la fe, tan demeritada y relegada en estos tiempos. En otras palabras, el precio de la libertad es el amor abnegado a quien lo da todo y no pide nada a cambio; por ello, la realización verdadera de la libertad sólo es posible en el estadio religioso, en donde el hombre es capaz por medio de la fe, de alcanzar el amor pleno y confiado, dejando de lado las ataduras del mero placer e intereses personales. De esta manera solamente el caballero de la fe es el único capaz de hacer un salto al vacío que le da la posibilidad de ser libre.

Realmente el hombre que vive la desesperación, y por ende el pecado, se da cuenta de que así como fue libre para elegir esta condición también es libre de volver a Dios y afirmarse a sí mismo como un auténtico existente. El interrogante de la libertad es un gran problema que aún no tiene una respuesta para todo ser humano, pero que vale la pena seguir profundizando, si no para ayudar a otros, por lo menos para conocer cuál es la verdad por la cual vale la pena darlo todo, incluso hasta la vida, con tal de ser feliz.

Este trabajo me sirvió para darme cuenta, no sé si de muchas cosas pero, por lo menos creo que de una, que el estado religioso, no pensado como aquel por el que algunos hombres optan como estilo de vida, sino aquel que Kierkegaard muestra como camino seguro para la realización de la libertad, es un estado personal de Dios conmigo y de mí como existente con Él. Y para reconocer el camino que se ha hecho delante de Dios basta tener humildad y decir que cuando más se es consciente de ser pecador, más profunda es la

CONCLUSIÓN

relación que con él se tiene, porque así como fácilmente nos extraviamos del camino se nos abren las posibilidades de volver a Él.

Como pensaba nuestro filósofo, cuanto más el hombre se reconoce pecador, más ha descubierto su libertad; tal vez por eso, con valentía y cobardía juntas me atrevo a decir que me siento infinitamente libre, porque soy infinitamente pecador. Estoy convencido de que Nadie ha ido ni irá nunca a Dios por el mismo camino que han ido los demás, por eso concluyó con unas palabras que me llegan al corazón y me animan a continuar en este camino del Señor:

*Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar...*

***Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.***

*Al andar se hace camino
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.*

*Caminante no hay camino
sino estelas en la mar...*

Antonio Machado

“Nadie fue ayer ni va hoy, ni irá mañana hacia Dios por este mismo camino que yo voy. Para cada hombre guarda un rayo nuevo de luz el sol y un camino virgen Dios”.

León Felipe

BIBLIOGRAFÍA

1. OBRAS DE SÖREN KIERKEGAARD:

- *El Concepto de Angustia*, Traducción José Luis Aranguren, Editorial Espasa Calpe S.A., Madrid, 1982
- *La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado*, Traducción Demetrio Gutiérrez Rivero, Editorial Sarpe S.A., Madrid, 1984
- *La Repetición*, Traducción Demetrio Gutiérrez Rivero, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1976
- *Temor y Temblor*, Traducción Vicente Simón Merchán, Editorial Altaya, Barcelona, 1994

2. Obras sobre Kierkegaard:

- GUERRERO MARTINEZ, Luis, *Kierkegaard: Los límites de la razón en la existencia humana*, Sociedad Iberoamericana de Estudios Kierkegaardianos, Universidad Panamericana, Ciudad de México, 1993
- MACERIAS, Manuel, *Schopenhauer y Kierkegaard: Sentimiento y pasión*, Editorial Cincel, Madrid, 1992
- VARDY, Peter, *Kierkegaard*, Traducción de Maite Solana, Editorial Herder S.A., Barcelona, 1996

3. Otras Obras:

- ABBAGNANO, Nicola, Diccionario de Filosofía. Fondo de cultura económica. México, 1961.

- Conferencia Episcopal Española, Biblia de Jerusalén, Editorial Desclée De Brouwer, S.A., Bilbao, 1998

- ZULUAGA, Linda, Del Descubrimiento a la Entrega. Espacios de Construcción de la Existencia Auténtica, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2000